



uento

Recepción: 10 de julio de 2013

Aceptación: 16 de agosto de 2013

\* Secretaría del Trabajo y Previsión Social

Correo electrónico: ncabanas@prodigy.net.mx

# Días de

# lluvia

Nelly Cabañas\*

No me quiero levantar. El día está nublado, llovió toda la noche y la calle está como para no pisarla. Entonces, me acomodo en la cama y me dan ganas de escribir. Hace tiempo que deseo hacerlo: una novela, un cuento. Eso es ambicioso, no sé en qué acabe. Me acerco la laptop y decidida empiezo la primera frase: será sobre la lluvia. Sí, a decir verdad, me gusta ver llover. Recuerdo los días de lluvia en mi pueblo, un lugar enclavado en la Sierra Madre del Sur en el Estado de Guerrero. En verano, “en las aguas” como decía mi mamá, llovía como a eso de las dos de la tarde, se nublaba y era hora de meter la leña. Mi mamá nos ordenaba, a mis hermanos y a mí, recogerla y guardarla debajo de la chimenea donde no se mojara. Sabíamos cuando era la hora de correr porque a lo lejos se veía el cielo más oscuro de lo normal y un ruido característico nos avisaba que llovería en cualquier momento. Comenzábamos a deshacer las casitas que habíamos armado con la leña. Así les decíamos porque acomodábamos un leño sobre otro formando un cuadrado desde el suelo y hasta donde nuestra estatura nos lo permitiera. A veces, teníamos tiempo de terminar, pero había momentos en los que no teníamos tanta suerte y nos empapaba.

Cuando eso ocurría, aprovechábamos para bañarnos bajo la lluvia: brincar, bailar, gritar. Corretearnos y acostarnos en el patio de la casa, dejando que el agua cayera sobre nuestros rostros. Disfrutando nuestra niñez en plenitud.

A veces, acostumbraba sentarme en la ventana a ver la lluvia. ¡Me gustaba tanto! Era tan intensa que no se distinguían los árboles que estaban a unos metros de la casa. Mamá decía: “parece que se va a caer el cielo”. Se oscurecía y sólo se escuchaba el ruido que producían las gotas al caer sobre el tejado. Transcurrían así una o dos horas y de pronto el arcoíris adornaba la casa, el cielo se despejaba, y se formaban unas

nubes color rojo. Me imaginaba trazando en un lienzo ese cielo maravilloso. Pensaba que quizá algún día me dedicaría a pintar esos cielos azules, grises, rojos; esa naturaleza que se transformaba en un abrir y cerrar de ojos.

De adolescente, era común mojarme. Llegué a vivir a la casa que mi padre le había comprado a mi mamá en el Distrito Federal. Yo tenía apenas once años. Me iba caminando a la primaria y a la secundaria, ya en preparatoria utilizaba el metro. Mi turno era vespertino por lo que cuando llovía en verano, la ida a la escuela era complicada: el pesero tardaba en pasar o venía con el cupo completo; no me quedaba más que esperar hasta lograr subirme a uno. El metro, clásico, lento muy lento por la lluvia, pero en esos días tomaba mis precauciones y salía con media hora de anticipación. Al regresar, aun cuando lloviera de día y de noche, me gustaba bajarme del pesero y caminar. Sólo cubría mi mochila con el suéter del uniforme cuidando que no se mojara. En la universidad la historia se repetía; sin embargo, el turno ahora era matutino. Por más temprano que saliera, no había transporte. Me quedaba más lejos, hasta Azcapotzalco, y yo vivía en el sur. A las 5:30 de la mañana salía de casa con un paraguas dispuesta a esperar unos 15 minutos para abordar el pesero, y si a eso le agregamos lo lento, lento que iba el metro, ya llegaba a las 7:15 a mi primera clase. Algo muy común, salvo en los días que me tocaba economía política, que era cuando el profesor nos daba cinco minutos de tolerancia y después no permitía la entrada, así que a quedarme afuera y pedir los apuntes a mis compañeros. Por la tarde, la cosa cambiaba, era más divertido, ya que no tenía prisa. Caminar del metro CU a mi casa, aunque llegaba empapada.

Mi mamá se preocupaba porque podría enfermarme, pero no pasaban nada. Me metía a bañarme y salía lista para comer con ella.

Los días de lluvia siempre me han emocionado. Me imagino sentada frente al ventanal de la casa mirando como las gotas mojan la tierra, las plantas, los árboles, todo. Ahí, con una taza de café y leyendo *Tokio Blues*.

Ahora ya no me mojo. Con el paso de los años eso ya es casi un suicidio, pienso que tal vez pueda enfermarme y me dé una pulmonía. Hace poco, mientras mis hijos y yo caminábamos a casa nos sorprendió un aguacero. Estaba nublado. Apenas habíamos avanzado unos 50 metros de la casa de las tías, cuando un ruido tremendo nos asustó y corrimos a gran velocidad. Ellos reían muy emocionados, y con su carita mojada me dijeron: “¡Mamá, eso fue divertido!”. Los días de lluvia están lejanos. El médico me

ha prohibido exponerme a los cambios bruscos de temperatura. Hace poco me diagnosticaron enfisema pulmonar, por esa terca costumbre mía de fumar dos cajetillas al día de cigarros delicados sin filtro. Tengo que usar oxígeno de por vida. Cuando escucho la lluvia, cierro los ojos y evoco esos días en el pueblo, los más felices de mi infancia, descalza, danzando en la lluvia y mi mamá haciendo barcos de papel que mis hermanos y yo echábamos al cauce del río y corriendo los seguíamos por la orilla, hasta que se mojaban por completo y se hundían.

Ahora, soy yo la que subo a ese barco de papel y sigo su cauce hasta alcanzar las nubes. A la distancia, observo el enorme cortejo que acompaña una gran caja vacía.

